

que yo no había visto á la reina y la encontré rodeada de una verdadera aureola de belleza y de majestad. Adornaban á la reina Luisa escasas cualidades y no sobresalía en lo que suele llamarse *esprit*, pero poseía un tacto fino y una firmeza de alma de que pudo dar muchas pruebas en repetidas ocasiones durante corto número de años. Sería difícil dar una idea

de la majestad y gracia de su persona, así como de la expresión de bondad y dulzura que en ella se refleja (1).»

No hacía un año que se encontraba en Berlín cuando, en 24 de setiembre de 1804, escribió sus observaciones en una memoria (2), en la cual se trazaba un cuadro tan tenebroso como exacto de la situación de Prusia. Lo que los ministros



Estatua de la reina Luisa y de su hermana Federica (existente en el palacio real de Berlín). — Obra en mármol del escultor Schadow.

prusianos rara vez se confesaban á sí mismos, y nunca á los demás, tratábalo sin piedad alguna aquel austriaco; pero, como le sucedía con frecuencia, ni explicaba exactamente las causas de lo que con tanta claridad veía ni lo sabía apreciar debidamente bajo el punto de vista político.

Del cuerpo de la monarquía prusiana — decía — había huido el espíritu de Federico el Grande, y de aquel Estado guerrero, tan poderoso en otro tiempo, había desaparecido el espí-

ritu militar: las fuentes de las fuerzas de esta monarquía se habían secado por completo, á pesar del aumento de territorios, el cual si le había dado mayor extensión no le había pres-

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 40.

(2) Completa según el texto de H. St. A., impreso en Viena, en *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 535-538. Incompleta según el concepto del archivo de Metternich, en *Papeles de Metternich*, tomo I, página 20.

tado mayor fortaleza: «La primera guerra en que Prusia se viera contra su voluntad enredada, demostraría que esta potencia ha retrocedido tanto como han ganado sus vecinos en fuerza y experiencia.»

Este hecho era evidente, pero no provenía de la conjuración del conde Haugwitz con Kockeritz, Lombard y Bheme, sino que tenía por causa, como hemos visto, el testamento del anterior monarca y el carácter de su sucesor. Metternich no apreció la situación forzada en que se encontró Prusia antes y después de Federico Guillermo III ni estudió detenidamente el carácter que revistió.

Cuando, una generación después, meditó en esta parte de su vida, no encontró ni digna de censura ni de admiración la conducta seguida por el rey en aquella difícil crisis, de la cual ya tenemos noticia y la que habremos de hablar de nuevo en otro capítulo. En sus memorias (1) dice del príncipe Dolgoruki, ayudante general del emperador Alejandro, «que había contribuido más que otro alguno á que el emperador pensara en atar las manos al rey Federico Guillermo, empresa que había de fracasar necesariamente dado el carácter de este príncipe. La conducta del rey de Prusia se inspiraba en la más estricta neutralidad y conforme á ella obraba de buena fe.» ¡Quién había de sospechar que este mismo Metternich que después daba con estas palabras la razón al rey aconsejara, en 1804, sin estar sometido á influencia alguna, «que se le ataran las manos» y señalara como único camino que ofrecía probabilidades de éxito hacer abandonar á Prusia su neutralidad! Al final de la citada memoria de 24 de setiembre se lee que solo se podía influir en el rey por medio del miedo, que el emperador tenía en sus manos la palanca de la intimidación, que podía excitar y hacer útil á aquel monarca, y que la corte de Berlín «debía ser conquistada» en San Petersburgo. Este consejo fué seguido con el éxito que ya conocemos y que conoceremos más exactamente. Metternich no solo partía de un falso concepto que se había formado del rey, sino que se ponía en contradicción con el juicio emitido sobre la fuerza de resistencia del Estado prusiano. En efecto, si éste estaba tan atrasado, nada había que esperar de la ayuda de Prusia, en caso de que se obtuviera, y no valía la pena de hacer tantos esfuerzos para «conquistar» un aliado tan débil y enclenque. El objeto era apenas digno de tantos cuidados, y en cuanto á los medios para conseguirlo, no eran acertados: acerca de una y otra cosa solo podían equivocarse los que desearan la guerra y la alianza á toda costa, que era lo que le pasaba al conde Metternich, acicate del partido guerrero entre los jóvenes diplomáticos austriacos: otra cosa no podía esperarse del odio apasionado que sentía y no ocultaba contra la Francia revolucionaria. ¿Cuál era á todo esto la política de la corte?

En 12 de febrero de 1801 Thugut abandonó definitivamente su cargo de ministro y en 21 del propio mes envió el emperador al conde Cobenzel una carta, redactada todavía por Thugut, en la cual debemos reconocer la última notificación política de aquel hombre de Estado (2). Decíase en ella: «Después de haber agotado los hombres y los recursos de mi monarquía, hasta el punto de que ésta se encuentra hoy imposibilitada de ocupar en el concierto europeo el lugar que le corresponde, he ido perdiendo una tras otra todas mis relaciones políticas, y en este estado de prostración no puedo contar con un solo aliado verdadero. Inglaterra, con cuya potencia estoy en inteligencias todavía mientras evito excitar á Francia, no puede serme, en este momento, de nin-

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 48.

(2) Vivenot: *Thugut y su sistema político*, Archivos para la historia del Austria, tomo XLIII, págs. 182-183.

guna utilidad, y la Francia no puede ser para mí sino un amigo peligroso. Sin embargo, es preciso que yo tenga un amigo, y respecto de este punto importante, la solución será tanto más difícil cuanto, dado el estado en que mi monarquía se encuentra, una alianza conmigo no será tan solicitada que pueda yo escoger libremente. Necesito un apoyo y un defensor contra los ataques que, más ó menos tarde, pueden dirigirme mis vecinos, y para conseguirlo tendría que acercarme á Francia, si hubiera suficiente buena fe para poder contar con ella, sobre todo si por su influencia podía atraerme la adhesión de alguna de las varias cortes que hoy procuran entrar en relaciones con aquella potencia. Por otra parte, inspira cierto terror la idea de que la unión con Francia aumen-



Bernadotte.

taría sus fuerzas, ya considerables, precisamente en el momento en que toda la Europa se arma contra el único enemigo de importancia que hoy tiene que combatir, pues ¿quién podría resistirle, quién podría impedirle la realización de su obra de destrucción si conseguía humillar á Inglaterra, única que le infunde miedo? Todos nos perdemos en hipótesis y acuerdos: los sucesos indicarán la dirección que en lo porvenir haya de seguirse; por esto hay que seguirlos con gran atención y no dejar pasar el momento en que pueda de ellos sacarse provecho.»

La última palabra de Thugut era, pues, una confesión de la más completa y desesperada derrota. Vencida militarmente, arruinada bajo el punto de vista financiero, sin aliado alguno y perdida toda consideración: tal había salido el Austria de la guerra de que había sido alma el ministro Thugut, el cual de tal suerte había perdido la fe y la esperanza, que recomendaba como política de salvación el implorar la ayuda y el favor de Francia y consideraba que sin esto era imposible salvarse.

Pintábase lo desesperado de esta situación no solo en este abandono del Austria sino también en el hecho de que el emperador y Thugut dirigían sus miradas únicamente al exterior, no al interior; no confiaban más que en la quimérica es-

peranza de un cambio repentino de la situación de Europa y no pensaban en la posibilidad de robustecer en el interior la monarquía.

¿Quién era, pues, el ministro del Interior en esta confederación? El mismo emperador Francisco II, y con esto está dicho todo. Este soberano obraba perfectamente cuando, desconfiando de la lealtad y exactitud de sus funcionarios, leía por sí mismo todas las observaciones y exposiciones que se le dirigían y tomaba en persona los acuerdos, sin perdonar cuidado ni trabajo alguno para mirar con sus propios ojos los mil y mil negocios que se le presentaban y resolverlos despues de detenidamente examinados. El mas activo de sus secretarios y el mas diligente de sus consejeros áulicos era él mismo. Pero el hecho de creer que podría llevar á cabo la tarea que se había impuesto, de que persistiera en esta creencia á pesar de los 2,000 expedientes que en el verano de 1802 pendían de resolución (1) y de que no comprendiera la terrible anarquía que esto producía en todos los ramos de la administración y la funesta arbitrariedad en que había de convertirse la libertad de los funcionarios, demuestra que le faltaban casi todas las cualidades necesarias para dirigir personalmente tan gran Estado. Allí donde, como sucedía entonces en Austria, no se despachan oportunamente los negocios corrientes, no hay que pensar en reformas que vivifiquen el espíritu de la nación y desarrollen sus fuerzas.

Únicamente se hicieron algunas reformas en el ejército, al frente del cual se encontraba, desde 9 de enero de 1801, como presidente del Consejo áulico de guerra, el archiduque Carlos (2); pero con estas reformas, que obedecían ciertamente á un buen pensamiento, no se consiguió nada de lo que importaba, pues en primer lugar no aligeraron las cargas que sobre la apurada Hacienda pesaban y en segundo lugar no aumentaron las fuerzas. Por el contrario, el presupuesto anual - 43 millones por término medio, - que importaba la administración del ejército en tiempo de paz (3) se aumentó de una manera arbitraria, á pesar de lo cual el ejército, que tanto costaba, estaba tan mal organizado y tan poco preparado para la lucha, que el archiduque Carlos, teniendo esto en consideración, pedía la paz á toda costa, y en 12 de abril de 1804 decía todavía al emperador: «Todas las fuerzas del Estado se han agotado y debilitado con la última guerra: todas las fuerzas vitales se han secado: todas estas fuerzas han de ir restableciéndose gradual y lentamente: su restablecimiento, debe ser el gran objeto del Austria. Lo que no dificulte éste restablecimiento ha de respetarse como hecho consumado, por mas que en otras circunstancias el monarca austriaco hubiera podido y debido usar un lenguaje mas enérgico y digno (4).»

En extremo favorable á la paz era también la política que hacia el conde Luis Cobenzel, nombrado vice-canciller en 18 de setiembre de 1801, en unión con el ministro de gabinete, conde Colloredo, política que se manifestó en una gran condescendencia hacia Francia y durante mucho tiempo en una resistencia enérgica contra las extralimitaciones de Rusia. En 26 de diciembre de 1802 el conde Felipe Cobenzel firmó con Talleyrand dos tratados (5) que consignaban la sumisión del Austria al orden de cosas por Francia

(1) Fournier: *Gentz y Cobenzel*, pág. 106.

(2) E. Wertheimer: *El archiduque Carlos como presidente del Consejo áulico de guerra, 1801-1805*, en el *Archivo para la historia de Austria*, 1885, tomo 66, págs. 277-314. Véanse también las *Comunicaciones del Archivo imperial de la Guerra*, 1881, pág. 110.

(3) Fournier, obra citada, pág. 111.

(4) Wertheimer: *Historia de Austria y de Hungría en la primera década del siglo XIX*. Leipzig, 1884, tomo I, págs. 221-226.

(5) Fournier, págs. 40-41.

establecido en Italia y en Alemania. El emperador Francisco no se conmovió ante la ocupación de Hannover ni en los casos de Enghien y de Rumbold. «Estamos delante de las bocas de los cañones y seríamos destruidos antes de que pudiéramos auxiliarnos,» tal fué la contestación dada por Luis Cobenzel á Rusia cuando esta potencia aconsejaba la formación de una alianza guerrera (6). El temor que inspiraba «el emperador de los franceses y rey de Italia» desapareció también cuando éste reconoció, á su vez, al «emperador de Austria (7)», indemnizándole anticipadamente de la inminente pérdida de la dignidad imperial romana.

En 6 de noviembre de 1804, las continuas instancias de la corte rusa indujeron al embajador de Austria, conde Felipe Stadion, á firmar un «concierto preliminar (8)», en el cual solo vió una garantía de la ayuda de Rusia y de la concesión de subsidios por parte de Inglaterra para el caso de un ataque por parte de Francia, pero en manera alguna una obligación del Austria para entrar en fuego como un simple soldado de infantería. Así lo había creído el príncipe Czartoryski cuando en 11 de abril de 1805, sin consejo y sin noticia del conde Stadion, firmó con el embajador inglés Granville Leweson Gower un tratado que suponía un pronto levantamiento del Austria (9).

Este tratado (10) es digno de llamar la atención bajo muchos conceptos. La «liga general de los Estados de Europa» que en su virtud había de oponer á Francia un ejército de 500,000 hombres por lo menos, no se llevó á cabo, y lo que en vez de la liga se hizo, fracasó de un modo deplorable. ¿Cuál era el objeto de este gran aparato de fuerzas? Obligar á Francia á evacuar toda la Italia, la isla de Elba y el Hannover, á abandonar la Suiza, y á reponer en el trono del Piemonte al rey de Cerdeña; pero no obligarla á que cambiara su Constitución y su gobierno. En el sexto artículo adicional se consignaban como principios fundamentales de que partían los monarcas aliados los siguientes: «No forzar en manera alguna la voluntad nacional de Francia respecto de la forma de gobierno, ni tampoco la de aquellos países en que penetraran los ejércitos aliados; no abandonar antes de que se firmara la paz ninguna de las conquistas que realizaran las potencias beligerantes y tomar posesión de las ciudades y territorios que fueran arrebatados al comun enemigo solo en nombre del país ó del Estado á que de derecho pertenecieran, y en los demás casos en nombre de todos los miembros de la liga. Finalmente convocar, al final de la guerra, un congreso general para asentar los preceptos del derecho de gentes sobre bases mas concretas de las que hasta entonces habían tenido, y asegurar su cumplimiento por medio de la creación de un sistema de federación calculado segun la situación de los distintos Estados de Europa.» Pitt no persistía ya en el destronamiento de Napoleon ni en la restauración de los Borbones; el gabinete ruso había desistido también del celo restaurador que animaba al emperador Pablo y por lo tanto la alianza de las dos potencias quedaba exenta del carácter quimérico y aventurero que había tenido la anterior. Pitt deseaba ardientemente que se comenzara lo mas pronto posible en el continente una guerra que hiciera renunciar á Napoleon á todos sus proyectos de desembarque, y no se detenía á examinar la cuestión de cómo podría hacerse inofensivo el napoleonismo dejando á Napoleon soberano único de Francia. Merece ser especialmente notado el

(6) Marzo de 1804. Martens, tomo II, pág. 401.

(7) Este título fué oficialmente notificado por patente de 11 de agosto.

(8) Martens, tomo II, págs. 406-420.

(9) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 29.

(10) Inserto con todos los artículos adicionales en Martens, tomo II,

tono en que se hablaba de Prusia en el tratado: esta potencia había merecido dos artículos adicionales, en los cuales el welfo conde Munster y el polaco príncipe Czartoryski se estrecharon las manos secretamente, pero en completa inteligencia. El artículo séptimo adicional prometía simplemente á Prusia, como recompensa de su cooperación, «teniendo en cuenta que su poder se había aumentado lo suficiente,» «la devolución de los territorios (de la izquierda del Rin) que había cedido á Francia en virtud del convenio secreto de 5 de agosto de 1796.» Esto significaba que el Hannover no debía ser restituído á Prusia y esta era la cláusula inevitable que el ministro «de los países alemanes cerca de Su Majestad británica» en Londres, el conde Munster, supo introducir en aquel tratado de subsidios de Inglaterra. El artículo octavo adicional decía: «Dado que el golpe que el gobierno francés intenta asestar á los distintos Estados de Europa puede inducir á alguno de estos á contrariar los saludables esfuerzos que este concierto se propone hacer y por tanto á adoptar algunas medidas contra alguna de las potencias signatarias del tratado, á pesar del cuidado que á éstas inspira el establecimiento de un orden de cosas justo y duradero, S. M. el emperador de todas las Rusias y S. M. británica han convenido en hacer causa comun contra cualquiera potencia que por el uso que haga de sus fuerzas ó por sostener con Francia relaciones demasiado íntimas parezca querer dificultar el cumplimiento de las medidas adoptadas por las potencias signatarias.» No sabemos si Gower ó Pitt supieron exactamente lo que esto significaba, pero nosotros vemos claramente en ello el puño que el polaco Czartoryski levantó contra Prusia y que nada hizo el conde Munster para evitar que cayera sobre ella.

El fondo del tratado consistía en que Inglaterra se obligaba á pagar 1.200,000 libras esterlinas por cada 100,000 soldados que la liga pusiera en pié de guerra, y dejaba que el emperador de Rusia hiciera una nueva tentativa para convenir con Francia una paz basada en los principios sobre los cuales había recaído un acuerdo especial en la misma fecha de 11 de abril de 1805 (1). De este acuerdo merecen mencionarse dos artículos: el uno exigía «1.º una barrera entre Francia é Italia, 2.º una barrera entre Francia y Holanda, 3.º la neutralidad absoluta y la independencia de Suiza, Holanda, Italia y el imperio germánico.» El otro exponía respecto de Francia y en términos categóricos por vez primera el programa que diez años despues se realizó en todas sus partes. Decía: «Como los principios sustentados por ambos soberanos no les consienten imponerse en manera alguna á la libre voluntad de la nación francesa, intentarán por medio de públicas notificaciones, simultáneamente apoyadas por los acontecimientos de la guerra, inducir á que oiga sus consejos, y para conseguir con mayor éxito este fin manifestarán que los propietarios y los empleados podrán contar en todos los casos con el goce pacífico de las ventajas que por la Revolución han conseguido, y que las potencias aliadas están dispuestas á aceptar cualquiera forma de gobierno conforme con la tranquilidad pública que la voluntad nacional establezca en Francia. Por mas que SS. MM. reconoczan que, para la mayor tranquilidad de Europa, debiera este gobierno ser el monárquico basado en los principios de la moderación y de la equidad, no lo propondrán, sino que se limitarán á intentar propagar y garantizar en Francia el convencimiento de la justicia de este deseo, y en cuanto la nación se haya manifestado en este sentido, las potencias signatarias, en armonía con sus deseos, se pondrán de acuerdo acerca de las condiciones que hayan de imponerse á

aquel que sea considerado digno de reinar en Francia, debiendo ser la primera de estas condiciones el cumplimiento de todas las promesas que á la nación francesa se hacen en este artículo.»

Acerca de las negociaciones preliminares que respecto de este convenio llevó á cabo Nowosiltzoff en Londres, el Austria nada supo en un principio y luego solo tuvo de ellas algunas noticias equivocadas (2). El conde Stadion no había sido invitado á intervenir en las negociaciones definitivas, que terminó Leweson Gower en unión de Nowosiltzoff y de Czartoryski en San Petersburgo, y no se enteró de ellas hasta que todo estuvo concluido, de cuya conducta altamente extraña hubo, con razón, de quejarse. Viena quedó aterrada cuando Rasumowski comunicó todos los artículos de un tratado que debía producir como resultado inmediato una gran guerra. Antes de que llegara el correo portador de este tratado, se escribió al conde Stadion diciéndole que no había que pensar por de pronto en un rompimiento y que éste no podía promoverse, con esperanzas de éxito, antes de la primavera de 1806. Así escribía el conde Cobenzel, de completo acuerdo con las advertencias del archiduque Carlos, el cual sabía mejor que nadie que las fuerzas con que entonces contaba el Austria no pasaban de 40,000 hombres y que no había una sola batería que tuviera sus montajes correspondientes (3). Entonces hubo un general que demostró claramente al angustiado ministro que el archiduque era un pesimista, que todo lo veía negro y que no conocía los inagotables recursos de que disponía el Austria. No se necesitaban cuatro meses, como calculaba su confidente el general Duka, sino que bastaban uno ó dos meses para poner en pié de guerra los 250,000 hombres á que se refería el tratado firmado con Rusia, sin que para ello hubiera de acudir á Prusia. Este hombre prodigioso que en tales términos se expresaba y que salía garante de todo con su cabeza era el general Mack, á quien hemos conocido en Nápoles y á quien ahora tendremos ocasión de conocer mas á fondo. Cobenzel, despues de muchos meses de intrigas contra el archiduque Carlos y sus favoritos Fassbender y Duka, consiguió por fin del emperador que el general Mack fuese nombrado, en 22 de abril de 1805, cuartel-maestre general, con lo cual quedaba acordada la guerra. Lleno de júbilo escribía despues (9 de setiembre) el mismo Cobenzel á Stadion: «¿Qué impulso puede dar un solo hombre á los negocios cuando es apto y conoce el asunto! Mientras las cosas de la guerra han estado en manos de un Duka, yo era el primero en desear la paz, pues ¿cómo había que pensar en una guerra cuando existía el convencimiento de que tendría un resultado desastroso, cuando un cuartel-maestre general pedía seis meses para poner en pié de guerra un ejército y conducirlo á la frontera, al paso que Mack lo ha hecho todo en dos meses (4)?»

A la ciega confianza con que el general Mack supo llenar su cometido, vino á agregarse la indignación que produjo la anexión de Génova á Francia. Al recibir esta noticia (18 de junio) exclamó el emperador Alejandro: «Este hombre es insaciable, su ambición no conoce límites; es un azote del mundo; quiere la guerra, pues bien, la tendrá y cuanto antes mejor (5).» La última tentativa de paz que debía hacer Nowosiltzoff en París quedó suprimida, y este emisario recibió, en Berlin, la orden de regresar inmediatamente á San Petersburgo. En 9 de agosto publicó Stadion la decla-

(2) Beer: *Diez años de política austriaca, 1801-1810*. Leipzig, 1877, págs. 95-96.

(3) Angeli: *Ulm y Austerlitz*, en la *Revista militar austriaca*, de Streffleurs, tomo IV, pág. 422.

(4) Beer, pág. 132.

(5) Beer, pág. 135.

(1) Martens, tomo II, pág. 448.